

res que les pueden sugerir su zelo y su destreza oratoria. Están sumamente multiplicadas las sagradas imágenes que representan á esta Señora con todo el extremo de angustia que penetró su inocente corazón. Pero todo esto no suele producir en los fieles otro efecto que un sentimiento pasajero, que no los reforma en sus costumbres. La contemplacion de los dolores de María debe producir en el alma del cristiano una compasion filial, un movimiento serio y tierno del corazón, que acabe con una enmienda verdadera de los delitos que estragan sus costumbres. Al ponerles delante de los ojos una tragedia tan lastimosa, no se deben contentar con prorumpir en algunos sentidos ayes, con destilar algunas lágrimas, cual si estuvieran en un teatro, ó dar á entender de otra cualquier manera que hace mella en sus almas la desgracia ajena; porque esto, sin un asenso á la divina gracia, que llama por ese medio, sin una conversion perfecta al bien inconmutable, se queda en un efecto necesario de la misma naturaleza. Es una explicacion indeliberada de lo vivo y sensible que tiene nuestra carne: es un material sentimiento causado por el sonido de las palabras que solemos conceder al mas desconocido, y al malhechor mas facineroso. Aun las mismas fábulas y ficciones trágicas, producidas por un ingenio vivo lleno de entusiasmo, suelen sacar las lágrimas de nuestros ojos; pero las lágrimas así vertidas no son otra cosa que humor y jugo que faltan al alma para que quede mas dura: nos testifican hombres, pero no nos acreditan cristianos. La compasion que debemos sacar de los dolores de María debe terminarse en un verdadero dolor de contricion, por el cual detestemos nuestras culpas pasadas, y hagamos un firme propósito de precaver las venideras. Esto es lo que desea de nosotros la afligida Señora, y á este fin nos propone la contem-

placion de sus dolores nuestra madre la Iglesia. Debemos considerar aquella sentencia asombrosa que dijo Jesucristo á las hijas de Jerusalem cuando caminaba al Calvario, llevando sobre sus hombros todo el peso de los pecados del mundo. *Llorad*, les dijo, *sobre vosotras, y sobre vuestros hijos, porque si esto se hace en el leño verde, ¿qué se hará en el seco!* Si María santísima, siendo Madre de Dios, concebida sin pecado, llena de todas las gracias, y la mas pura é inocente que hubo ni habrá en los cielos ni en la tierra, padece tan terribles dolores, que no duda llamarlos la Escritura lazos de muerte, y dolores de infierno; ¿qué pueden esperar los cristianos cargados de iniquidades y sumergidos en el profundo cieno de todos los vicios? Temamos, pues, el rigor de la divina justicia, y sea este saludable temor el dichoso fruto que produzca en nosotros la consideracion de los dolores de María.

DIA QUINCE.

SAN AICHARDO, ABAD DE JUMIEGES.

San Aichardo, á quien mas comunmente se le llama san Achardo, fué de una de las mas nobles familias del Poitou. Su padre Anscario se distinguió mucho en los ejércitos en tiempo del rey Clotario; y su madre Ermena aun era mucho mas distinguida por su sobresaliente piedad entre las señoras de aquella provincia. Tomó á su cargo dar á su hijo una cristiana educacion, y este cuidado tuvo el suceso que se podia desear. Halló en Aichardo un natural tan feliz, un corazón tan inclinado á todo lo bueno, y un genio tan suave, tan apacible y tan dócil, que dejaron poco que hacer á la educacion estas bellas inclinaciones naturales. Luego que tuvo edad para comenzar sus estudios, se le puso

á pupilo en el monasterio de San Hilario de Poitiers bajo la disciplina de un santo monje llamado Ausfrido, aun mas acreditado por su virtud que por su sabiduría. Hizo en breve tiempo tantos progresos en la escuela de aquel célebre maestro, que su padre le sacó de ella á impulsos de su espíritu guerrero, para que se ejercitase desde luego en el manejo de las armas, destinándole al servicio del rey, con seguridad de que se haria digno de los mayores empleos. Pero eran muy diferentes los pensamientos de la virtuosa madre sobre la fortuna de su hijo. Todo su deseo era verle santo, y no cesaba de representar á su marido que, si querian bien á su hijo, no debian solicitarle otra fortuna. Estando en esta piadosa contienda, llamaron á Aichardo, que á la sazón contaba solos diez y seis años: y declarándole su padre con toda resolucion que le tenia destinado para la carrera de las armas, sin consultar su inclinacion; le respondió el hijo con respetuosa sumision, que siempre le encontraria rendido á su voluntad, no teniendo mayor satisfaccion que ejercitarse en obedecerle con el mayor rendimiento; pero que le habia de permitir hacerle presente con el mas profundo respeto, que tenia por cierto no era la voluntad de Dios que se quedase en el mundo; pues habiendo entendido á los siete años de su edad que su madre le habia consagrado con voto al servicio del Señor, hallándose en peligro de muerte al tiempo de darle á luz, él mismo habia ratificado tambien el voto de su madre, prometiendo á Dios no servir á otro rey que á su Majestad. Movidó el padre de un discurso tan juicioso como cristiano, no pudo contener las lágrimas; y mudando de tono, le dijo: *No puedo, hijo mio, oponerme al partido que has tomado, siendo tan bueno. Bien merece Dios ser preferido á todos los monarcas de la tierra; y puesto que has determinado consagrarte absolutamente*

á su servicio, tienes para eso no solo mi consentimiento, sino tambien mi bendicion.

Obtenida esta, solo pensó Aichardo en poner en ejecucion sus piadosos intentos. Ya desde los diez años hacia una vida enteramente religiosa. Su piedad, su frecuente retiro á la oracion, su tierna devocion á la santísima Virgen y sus penitencias eran superiores á la edad; y así nunca perdió el candor de la primera inocencia. Por la fama que tenia á la sazón el monasterio de San Jovin en las extremidades del Poitou, se resolvió á entrar en él, y muy desde luego se dejó admirar tanto de todos su virtud, que los monjes mas ancianos, al ver los maravillosos progresos que hacia en el noviciado, pronosticaron que seria con el tiempo una de las mas brillantes lumbreras de la Iglesia.

Hallándose sus padres sin herederos, pasaron al monasterio, y le hicieron donacion de todos sus bienes; pero nuestro santo, que todos los habia abandonado cuando volvió las espaldas al mundo, les dejó libre la disposicion de todos; en cuya virtud los devotos padres fundaron un monasterio en una de sus posesiones, llamada Quinzay, á legua y media de Poitiers, poniéndole bajo la disciplina de san Filberto, abad de Jumieges, el cual, huyendo de la persecucion de Ebroin, mayordomo del palacio, celebró mucho encontrar aquel asilo. Luego que se acabó la fábrica del monasterio, noticioso san Filberto del mérito y de las prendas de Aichardo, le nombró por su primer abad; y á pesar de la resistencia que hizo su humildad á tan acertada eleccion, le fué preciso obedecer, siendo en breve tiempo el nuevo monasterio de Quinzay modelo de observancia á los demás monasterios de todo el reino.

Pero como Ebroin nunca quisiese permitir que san Filberto volviese á Jumieges, fué preciso pensar en

otro abad para este monasterio, cuyos monjes, movidos de la reputacion de nuestro santo, le pidieron por superior. Pareció expediente dictado del cielo; porque san Filberto estaba libre para suceder en Quinzay á san Aichardo, mientras san Aichardo sucederia en Jumieges á san Filberto. Solo faltaba vencer la resistencia de Ansoaldo, obispo de Poitiers, á quien costó mucho trabajó reducir á que consintiese en que nuestro santo saliese de su obispado. Pero san Filberto, que consideraba el monasterio de Jumieges como la principal y la mas perfecta de todas sus funciones, nunca se pudo resolver á ceder su gobierno á otro que á san Aichardo, cuya virtud tenia tan conocida. Contentóse, pues, con quedarse de monje particular en San Quinzay; y renunciando la abadia de Jumieges en favor de san Aichardo, se vió este precisado á mudar de monasterio. Pasó á Ruan para recibir la bendicion de su arzobispo san Oven, y desde allí partió á Jumieges, donde encontró novecientos monjes, que se consolaron muy en breve por la pérdida de su primer abad san Filberto, conociendo la santidad y el mérito de su digno sucesor.

No les hizo á los principios otra exhortacion que la de sus ejemplos; mudas, pero á la verdad eficacisimas lecciones. Los monjes, viendo su frecuente trato con Dios en la oracion, su compostura, su modestia, su grande suavidad y su penitente vida, deseaban con ansia oír hablar al que veian obrar con tanta edificacion. Hizoles, pues, unas pláticas espirituales tan eficaces y tan fervorosas; exhortólos al amor de Dios y de la santísima Virgen con tanta elocuencia y con tanta mocion; hablóles de la abnegacion de sí mismos, del olvido del mundo y de todo lo criado con tanta energia, que visiblemente se reconoció tan aumentado el fervor y el ejercicio de todas las virtudes en aquella numerosa comunidad, que

entre mas de novecientos monjes que se contaban en ella, habia pocos que no hiciesen milagros.

Al santo abad le habia concedido el cielo este don muchos años antes. Estando un dia en oracion dentro de su celda, vió al demonio que con una hacha estaba dando por el pié á un árbol muy corpulento, debajo del cual estaban trabajando los monjes, para que al golpe de él quedasen muertos algunos. Pasó al punto al mismo sitio, hizo la señal de la cruz, ahuyentó de allí al enemigo, y mostró á los religiosos el árbol quemado y medio cortado por el pié, que despedia de sí un olor de azufre intolerable. Propusieron al santo abad si queria que le acabasen de cortar para quitar el enemigo aquella ocasion de hacerles daño. No, hermanos míos, respondió el santo; dejémosle así para monumento del beneficio que os hizo el Señor librándoos de la malicia del enemigo de la salvacion. Siempre que le veais, servirá para renovar vuestro reconocimiento, y para advertiros que debeis estar continuamente prevenidos contra los artificios del espíritu maligno.

Acostumbraba el santo, despues que los monjes se habian recogido en sus celdas, visitar todos los dormitorios con la cruz y el agua bendita, para expeler de ellos al espíritu de las tinieblas, que está siempre armando lazos á los siervos de Dios, pero con especialidad durante el sueño de la noche. Tuvo en esta piadosa funcion muchas visiones, de las cuales se valia oportuna y provechosamente para conservar aquel prodigioso número de religiosos en el fervor, en la mas exacta observancia y en el candor de la inocencia, á pesar de los esfuerzos que hacia el infierno para inducirlos á la relajacion. Conociendo en un éxtasis que ya solo le restaban algunos meses de vida, aumentó la oracion, las devociones y las penitencias.

Hallábase un dia en oracion con todos los monjes,

y de repente sintió traspasado su corazón de un vivísimo dolor con el temor que entonces le asaltó de que después de su muerte aquellos hijos suyos, que con tanto desvelo había criado en el ejercicio de las más heroicas virtudes, no viniesen poco á poco á relajarse, decayendo de aquella elevada perfección á que habían ascendido, con las gracias que les habían conseguido del cielo sus exhortaciones, sus cuidados y sus ejemplos. Vivamente preocupado de esta aprehensión, se sintió movido á pedir fervorosamente al Señor que antes de su muerte fuese servido de llamar á sí á todos aquellos que después de ella corrían peligro de relajarse y de perderse. Fué oída su oración; la noche siguiente, estando el santo abad en el coro con todos los monjes, vió un ángel vestido de blanco, rodeado de una luz resplandeciente, con una varilla en la mano, y que iba tocando con ella á muchos religiosos. A otro lado vió un espantoso demonio arrojando fuego y llamas por los ojos, lleno de rabia y de furor, que hacía horribles contorsiones. Asombrado con esta visión, y pensando lo que podía significar, oyó al ángel que estaba reprendiendo severamente al demonio porque tenía atrevimiento de parecer en tan santo lugar, y en medio de aquel crecido número de verdaderos siervos de Dios, que por su perfecta obediencia á la menor insinuación del superior, por su profunda humildad, por su exacta observancia y por los continuos rigores de su penitencia, se habían conservado en una gran pureza de costumbres, y cuyos nombres tenían la dicha de estar todos escritos en el libro de la vida. Acercándose después al santo abad, le dijo: *El Señor ha oído tu oración: advierte á todos los que toqué con la vara que se dispongan á parecer dentro de cuatro días ante el tribunal de Dios, y á los otros que les han de sobrevivir, que cada día vayan creciendo en fervor para conservar su inocencia.*

Concluido el oficio, juntó el abad á todos los religiosos, refirióles su visión, y sin nombrar á ninguno de ellos en particular, exhortó á todos á disponerse para acabar dichosamente su carrera. Fácil es de discurrir cuál sería la alegría de aquella predestinada tropa de fervorosos siervos del Señor, y con qué fervor, con qué devoción se dispondrían todos para morir dentro de cuatro días con la muerte de los justos. Pasáronlos todos en el ejercicio de las virtudes más perfectas; confesáronse como para morir, y la noche que precedió al día cuarto la pasaron toda en la iglesia. Al amanecer el día siguiente recibieron todos la sagrada Eucaristía; mandó el santo abad que se cantasen algunos salmos, y estando todos en oración, cerca de ochenta monjes pasaron tranquilamente al descanso del Señor: poco tiempo después espiraron otros muchos con la misma tranquilidad; de manera que en aquel día murieron con la muerte de los santos ciento y cincuenta monjes; pero con la circunstancia de que no se reconoció su muerte sino por una especie de relámpago ó de resplandor que bañaba de luz los cadáveres. Los que quedaron vivos, llenos de una santa envidia á los que habían logrado tan dichosa suerte, doblaron su fervor de manera, que ya se consideraba el monasterio de Jumieges como una casa de ángeles humanos. Fué enterrada con la mayor devoción toda aquella tropa de bienaventurados que habían muerto con la muerte del Señor. No les sobrevivió mucho nuestro santo. Teniendo revelación del día en que había de seguir á sus hijos, empleó los siete que le quedaban de vida en instruir á todos sus religiosos en todo aquello que podía adelantar ó retardar su perfección; en enseñarles los medios de prevenirse y de armarse contra el tentador, y en exhortarlos á una perfecta caridad, á una continua mortificación, á una exacta obser-

vancia, á una delicadeza de conciencia cada día mayor, á una amorosa y tierna confianza en Jesucristo y en la santísima Virgen, bajo cuya especial protección habia puesto el monasterio, y al constante ejercicio de todas las virtudes. El mismo día de su muerte, aunque ya casi sin fuerzas, y extremadamente debilitado por las violentas accesiones de una ardiente calentura, que habia disimulado hasta entonces, juntó á todos los monjes, y haciendo el último esfuerzo, les habló de esta manera: *Amados hijos míos, tened siempre en la memoria mis últimos consejos, y como el testamento de vuestro moribundo padre. En nombre de nuestro divino Salvador Jesucristo os amonesto y os conjuro que os ameís unos á otros, sin dar jamás entrada en vuestro corazón á la mas mínima cosa que pueda enfriar ni alterar aquella perfecta caridad que es en parte el carácter de los elegidos. En vano habriais pasado vuestros largos días en el ejercicio de las mas heroicas virtudes; en vano os habrian salido las canas bajo el pesado yugo de la mas rigurosa penitencia; bastaria tener aversion al mas mínimo de vuestros hermanos para irritar contra vosotros el corazón de Dios. Ni aun el martirio mismo seria suficiente para haceros agradables á sus divinos ojos si no amárais de corazón á vuestros hermanos. Conservad siempre entre vosotros esta fraterna caridad, que es como el alma de todas las comunidades.* Al pronunciar estas últimas palabras levantó los ojos y las manos al cielo, y murió con la muerte de los justos el día 15 de setiembre del año del Señor de 680, cerca de los 63 de su edad. En vida habia sido muy célebre por sus milagros, pero lo fué mucho mas despues de su muerte por la multitud de los que obró el Señor en su sepultura. Edificóse en Jumieges una iglesia dedicada á su nombre; pero en la irrupcion que hicieron los bárbaros en el país fueron llevadas sus reliquias á Hapres, entre Cambray y

Valencenas, las que despues pasaron á poder de los monjes de Wast en Arras.

SAN NICOMEDES, MÁRTIR.

El nombre de san Nicomedes ha sido muy recomendable desde el primer siglo de la Iglesia, y muy célebre en Roma entre los que dieron testimonio de la fe de Jesucristo, tanto por su constante confesion, como por el sacrificio de su sangre. Las noticias que tenemos del origen, vida y progresos de este ilustre mártir, aunque están complicadas con las de otros héroes del cristianismo en términos que no se pueden asegurar individualmente, con todo nos dan una idea de su gran sabiduria, de sus irreprehensibles costumbres, y de su sobresaliente zelo por la religion cristiana, en la que fortificaba á los creyentes, al paso que reducía á la fe á muchos paganos.

La paz que habia sucedido á la persecucion de Neron, que subsistió por espacio de catorce años en los reinados de Galva, Oton, Vitelio, Vespasiano y Tito, favoreció en gran manera á los fieles para reparar el horroroso estrago que habian sufrido antes, y reemplazar con la frecuente conversion de muchos infieles la pérdida de una multitud de creyentes que fallecieron en aquella desgracia. En el año 81 de nuestra era, sucedió en el imperio Domiciano, monstruo horrible, *Porcion de Neron*, como le llama Tertuliano, no menos formidable que aquella fiera, ni menos tirano, quien, para hacerse mas temible á los hombres, quiso que se le diese el nombre de Dios en todos los escritos que se le presentaban. No se expresan las causas que movieron á este inicuo principe para emplear su saña contra los inocentes cris-

tianos, de quienes no podia esperar el efecto de aquellas aprehensiones que habia concebido contra el Senado : bien que se cree que, siendo como era, adicto como el que mas á las supersticiones paganas, advirtiendo la multitud de idólatras que desertaban de ellas para alistarse bajo las banderas de Jesucristo, condenando la antigua religion de los Romanos, encendido en un furor extraordinario, protestó acabar, como decia, con la casa de David, y destruir el edificio espiritual de la Iglesia. Animado de esta impia intencion, expidió cruelísimos edictos á fin de exterminar, si pudiese, el nombre cristiano, en virtud de los cuales se llenaron las cárceles de Roma de personas de todas edades, sexos, y condiciones, y en todas partes se oian los clamores de una infinidad de santos maltratados, afligidos, atormentados y crucificados. En esta situacion lamentable se distinguió considerablemente el zelo de san Nicomedes, presbitero de la iglesia Romana, cuyo ministerio le ofrecia muchas ocasiones para hacer grandes servicios á la Iglesia, socorriendo y alentando á los cristianos que eran perseguidos. En esto empleaba toda su autoridad, sus fatigas y sus trabajos. Animaba con sus exhortaciones, y socorria con limosnas á los confesores de Jesucristo, de que estaban llenos los calabozos; mantenía á muchos que titubeaban en los tormentos, y fortificaba á no pocos que desmayaban á la vista de los suplicios. Era el apóstol de los confesores y de los mártires, y si parecia que en cierta manera exponia las vidas de los innumerables que envió al cielo delante de sí, seguramente no fué por perdonar la suya, pues se hallaba encendido en vivísimos deseos de ser partícipe de aquella dicha, que efectivamente era por la que suspiraba. Extendíase su caridad, despues de los gloriosos combates de los mártires, á procurarles los últimos deberes de la se-

pultura, á pesar de la vigilancia de los ministros paganos, que impedían se distinguiesen los venerables cadáveres de los malvados que morían en pena de sus enormes delitos.

Fué arrojado el cuerpo de santa Felicula vírgen á las cloacas despues de su glorioso martirio, que fué el premio de la constancia con que sostuvo la fe, y defensa de su virginal pureza contra los mas violentos ataques del conde Flaco, ciegamente apasionado de su belleza, como lo habia estado antes de santa Petronilla, á quien asistió el mismo santo en su última enfermedad, suministrándole todos los sacramentos y auxilios para su feliz tránsito. Supo el conde que Nicomedes, en uso de su piadoso cuidado, habia extraído secretamente el cadáver de Felicula, y que lo habia sepultado en una pequeña posesion que tenia no muy distante de Roma. Hizole prender como á transgresor de los edictos imperiales; sobre cuya culpa, y la principal de la religion cristiana le fulminó causa. Quiso compelerle á que prestase adoracion á los ídolos; y como el santo habia sido preceptor de tantos gloriosos confesores, que por su instruccion supieron refutar los discursos de los paganos, en una proposicion concisa respondió al tirano: *Yo no sacrificio sino á Dios Omnipotente que reina en los cielos, no á los dioses falsos de piedras labradas, que se custodian en los templos como reclusos en las cárceles.* Por esta confesion fué sentenciado á que muriese apaleado, logrando en este castigo, que ejecutaron los verdugos con una crueldad inhumana, la apetecida corona del martirio en el dia 15 de setiembre. Aunque no nos consta con certeza el año puntual de su feliz tránsito, sabemos que fué en tiempo de la persecucion de Domiciano.

Se dice que, habiendo sido arrojado el cuerpo al Tiber, le extrajo de él cierto clérigo, llamado Justo,

y le sepultó en el camino de Numentó. Con el tiempo se erigió despues una iglesia en honor del santo, que fué uno de los titulos presbiterales de los de la ciudad, segun aparece por los concilios Romanos, en los que se leen las suscripciones á Ginés y Sebastian, presbiteros del titulo de San Nicomedes. Bajo este nombre hubo tambien en Roma un cementerio, que fué acabado hácia el año 620 por el papa Bonifacio V.

MARTIROLOGIO ROMANO

La octava de la Natividad de la bienaventurada Virgen María, Madre de Dios.

En Roma, en la via Nomentana, la fiesta de san Nicomedes, presbitero y mártir, quien, diciendo á los que pretendian obligarle á sacrificar á los dioses falsos: « Yo no sacrifico mas que al Dios todopoderoso que reina en los cielos, » fué desgarrado con cuerdas emplomadas hasta que rindió el alma á Dios.

En tierra de Chalons, san Valeriano, mártir, á quien el presidente Prico mandó colgar en el aire y escarnificar con uñas de hierro; mas viéndole imperturbable en la confesion de Jesucristo, continuando cantando sus loores, le hizo degollar.

En Murcianopla de Tracia, santa Melitina, mártir, la cual, conducida dos veces, bajo el emperador Antonino y el presidente Antioco, á los templos de los paganos, cuyos ídolos caian á la presencia de la santa, fué colgada en el aire, hecha trizas y al fin decapitada.

En Andrinópolis, san Máximo, san Teodoro y san Aselepiadota, mártires, quienes recibieron su corona bajo el emperador Maximiano.

En la misma ciudad, san Porfirio, comediante, quien, habiendo recibido el bautismo por escarnio en presencia de Juliano apóstata, mudado de repente por la gracia divina, declaró hacerse cristiano. Al punto recibió la corona del martirio, pues el tirano mandó cortarle la cabeza con la hacha.

Dicho día, san Nicetas, godo de nacion, á quien el rey Atanarico mandó quemar por la fe católica.

En Córdoba, san Emilio, diácono, y san Jeremías, mártires, que en la persecucion de los Árabes, despues de los padecimientos de una larga cárcel, consumaron su martirio, siendo decapitados por la fe de Jesucristo.

En Toul de Francia, san Evro, obispo.

En el mismo lugar, san Lubino, obispo de Chartres.

En Leon de Francia, san Albino, obispo.

Dicho día, el tránsito de san Acarto, abad.

En Francia, santa Eutropia, viuda.

En el país de Ponthieu, san Riberto, corepiscopo, que fué de las islas Británicas á predicar á Flandes, y de aquí á un distrito de Normandia.

En Auvernia, san Bravy, abad.

En Etiopia, san Anoreo, confesor.

En el mismo lugar, Santiago el Asceta.

Entre los Griegos, san Filoteo, oriundo de la Mirmica.

En Essen en el condado de la Mark, san Alfrido, obispo de Hildesheim, quien asistió al concilio de Pistes en Normandia.

En Cleves, san Lutardo, conde.

La misa es de la octava de la Natividad de la Virgen, y la oracion la que sigue.

Intercessio nos, quæsumus, Domine, beati Aichardi abbatis commendet: ut quod nostris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, que la intercesion del bienaventurado Aichardo abad nos haga gratos á vuestra Majestad, para conseguir por su patrocinio lo que no podemos por nuestros merecimientos. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del cap. 8 de los Proverbios, y la misma que el dia VIII, pág. 243.

NOTA.

« Algunos judíos creyeron que Salomon habia com-
 » puesto el Cantar de los cantares siendo todavía
 » jóven, fundados en que solo se nombra en ellos Salo-
 » mon sin otro aditamento; que los Proverbios los
 » compuso en edad ya madura; y que la última obra
 » fué el Eclesiastés. Lo mas verisimil es que compuso
 » los Proverbios cuando estaba mas lleno de aquel
 » espíritu de sabiduria, y de aquellas vivisimas supe-
 » riores luces que le merecieron el renombre del mas
 » sabio de los reyes, pues él mismo habla de sus
 » Proverbios en el libro del Eclesiastés. »

REFLEXIONES.

El Señor me poseyó al principio de sus caminos. Por toda la eternidad fué la santísima Virgen objeto digno de las complacencias de Dios por haber estado en gracia todos los instantes de su vida á favor de un privilegio verdaderamente singular; y por consiguiente haber sido siempre agradable á los ojos del Señor, y mirada siempre como hija querida del Padré, como verdadera madre del Hijo, y como esposa sin mancha del Espíritu Santo. *Por los caminos de Dios* se pueden entender aquellas obras ú operaciones divinas que se llaman *ad extra*, esto es, exteriores ó extrínsecas al mismo Dios, como la creacion de los ángeles y de los hombres, el inefable misterio de la Encarnacion, y aquellas maravillas ordinarias, por las cuales se manifiesta Dios á nosotros y nos habla. Poseyó, pues, Dios á María, amó Dios á María de un modo singular al principio de sus caminos; porque la tuvo presente en todas sus divinas operaciones, en todos sus misterios. Siendo el misterio de la Encarnacion como el último rasgo de la bondad, de la misericordia, y de todo el poder de Dios, y habiendo

de tener María tanta parte en este admirable misterio, no podia dejar de estar presente á sus divinos ojos, como la mas cumplida, la mas perfecta, la mas noble, la mas santa y la mas respetable de todas las puras criaturas. No hubo instante alguno de su santísima vida en que Dios no dijese de ella: *Tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te.* Toda eres hermosa, amada mia, y no se hallará en tí la menor mancha. Esto es lo que Dios ama, lo que Dios celebra, lo que Dios estima, y con esto mismo premia el Señor sus propios dones. Solo ama y solo aprecia Dios la inocencia. Aunque estuvieras dotado de las prendas mas brillantes; aunque Dios te hubiera colmado de sus mas preciosos dones, estimaria Dios estos mismos dones; pero cuando no es pura y santa la persona en quien los derrama, desprecia y aborrece á esa persona. Salomon estaba dotado de eminente sabiduria; Judas habia recibido el don de hacer milagros; pero Salomon y Judas mancharon su alma con la culpa, y en el mismo punto se hicieron execrables á los ojos de Dios, objeto infeliz de su mas terrible cólera. Mas ¿qué caso se hace, mi Dios, en el mundo de este preciosísimo tesoro, de esta inestimable prenda de la inocencia? Se la expone sin temor, se la sacrifica sin dolor, y se deja perder sin remordimiento. Sin embargo, ¿qué prenda merece estimacion sin este precioso lustre? ¿qué verdadero mérito puede haber sin inocencia? y sin la inocencia ¿dónde se hallara virtud? El que está en desgracia de Dios ¿debe gloriarse mucho de tener á su favor la estimacion y los aplausos de los hombres? ¿de qué servirán los favores de los grandes á quien es objeto de horror á los ojos de Dios?

El evangelio es del cap. 1 de san Mateo, y el mismo que el dia VIII, pág. 216.